

CRISTO REY - DOMINGO XXXIV DEL TIEMPO ORDINARIO

El signo de contradicción de nuestro tiempo es la adoración. Todo se juega en adorar o no a Dios. La Iglesia proclama que Jesucristo es Rey del Universo. De hecho, es el título más reciente con que honramos a nuestro Redentor. La fiesta fue instituida en 1925 por Pío XI, aunque su realeza está representada ya en las basílicas más antiguas de la cristiandad. Los Cristos Crucificados de los primeros siglos, siempre eran Cristo Majestad reinando desde la Cruz. Solo en Cataluña tenemos unas cuantas: La Majestat de Caldes de Montbui (al Vallès Oriental), la Majestat de Beget (a Campardon, al Ripollès), la muy conocida Majestat Batlló (originària de La Garrotxa, i exposada al MNAC), la Majestat de Cruïlles (al Monestir de Sant Miquel al Baix Empordà), la Majestat de Sant Joan Les Fonts (al Monestir de la Garrotxa). Fue a partir del Renacimiento que empezaron a hacerse los crucifijos más dramáticos y realistas. También desde los primeros siglos hasta hoy, son muchísimos han muerto proclamando la realeza de Cristo: “No tengo más Rey que Cristo”, y “Viva Cristo Rey”.

La realeza de Cristo aparece como un punto conflictivo para muchos, pero al mismo tiempo reconocerla es el criterio para verificar la autenticidad de nuestra fe. Al afirmar que Jesús es Rey, se señala su vinculación con todas las realidades terrenas y celestiales y, al mismo tiempo, la fugacidad de todos los poderes de este mundo.

Esto no significa que no deba respetarse la legítima autonomía de cada campo, pero, en sentido negativo, supone que nada puede hacerse en contra de Cristo. Ninguna esfera queda al margen de su imperio, porque su reinado es universal. Por ello en la oración colecta de este día se dice: «Haz que toda la creación, liberada de la esclavitud del pecado, sirva a tu majestad y te glorifique sin fin». Al mismo tiempo, en la oración de las ofrendas se indica el bien que supone para el hombre el reinado de Jesús: «Que tu Hijo conceda a todos los pueblos el don de la paz». Por ello señalaba san Agustín que Jesús no ostenta el título de rey en bien suyo, sino en el nuestro.

San Efrén decía de Cristo que «su cetro es la cruz, puente tendido sobre la muerte para que sus almas pasen a la vida». A ello se refiere también el prefacio de este día, que muestra cómo Jesús, ofreciéndose «como víctima perfecta y pacificadora en el altar de la cruz», consumó el misterio de la redención, es decir, destruyó la tiranía del pecado que es la que nos impide ser siervos obedientes. Lo que más se opone al reinado de Cristo es la realidad del pecado en cualquiera de sus formas: desde la desobediencia individual a los mandamientos de Dios, hasta las leyes que intentan ordenar las sociedades como si no hubiera más felicidad que la del mundo negando toda trascendencia. Servir a Cristo Rey supone luchar a muerte contra el pecado que atenaza nuestros corazones para después, con la ayuda de la gracia, intentar ordenar todas las cosas hacia Dios.

Para quien le cueste reconocer la realeza de Cristo, o sea una figura poco familiar en su vida espiritual, pueden ayudarle estas palabras de santa Teresa: «Otros reyes se presentan con insignias y atributos para que los reconozcamos. Este no los necesita». Jesús reina desde el Amor, la Verdad, la Justicia y la Paz. El suyo es un reinado de santidad y de gracia que puede transformarlo todo, porque lo puede todo.

En la Santa Misa, necesitamos confesar continuamente este reinado de Dios, que es parte esencial de la fe. “Que vives y reinas por los siglos de los siglos”, “y su reino no tendrá fin”, “venga a nosotros tu reino”, “porque tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria por siempre, Señor”. Como dice el Himno: “Cristo en todas las almas, y en el mundo la paz”.